

te ya ha aflorado la capacidad para ello, es la edad mental de los seis años y medio. Es decir; que antes de llegado el niño a un desarrollo equivalente al normal de los niños de seis años y medio, o a lo sumo de los seis años, no se debería empezar a enseñarlos a leer. Ahora bien, se ha comprobado que el ejercicio demasiado adelantado a esa etapa del desarrollo es prácticamente inútil. Si a un niño corriente se le enseña a leer desde los tres o cuatro años hasta los siete, y a otro se le empieza a enseñar a los seis y medio, al llegar el segundo a los siete años sabrá aproximadamente tanto como el anterior. Todo el esfuerzo previo del primer niño se ha malogrado, ha sido baldío. Se le ha atormentado inútilmente.

* * *

Y no es eso lo peor, con ser tan grave, porque nada justifica una tal crueldad con los inocentes chiquillos. Es que aún, pedagógicamente, resulta contraproducente empezar antes de llegada la sazón o por lo menos el despunte de maduración. Porque el niño que aprende o intenta aprender a leer antes de sentir interés por la lectura o por los actos implicados en su aprendizaje, aprenderá algo a leer, pero mucho más aprenderá a odiar esa cosa tan antipática que es el libro, y las letras, y el maestro, y la escuela, y la sociedad que permite estos tormentos. Es muy simplista creer que solamente se está aprendiendo lo que el maestro pretende enseñar. El niño asimila las situaciones integralmente, sin separar la sustancia de los accidentes. Por el contrario, muchas veces es para él sustancial lo que es accidental para el maestro; tan accidental que deja de advertirlo al planear el ejercicio y acaso deje de advertirlo a lo largo de toda su vida docente. El niño que queda en clase retenido para co-

piar como castigo una página del *Quijote*, no aprende nada del estilo de Cervantes, porque solamente se fija en que está siendo privado del juego, que es su atracción. Lo que sí aprende en ese instante es a odiar cuanto se opone a esa necesidad de expansionarse con sus compañeros. Y entre otras cosas, le coge una fila eterna al Ingenioso Hidalgo.

* * *

Y no sólo por eso perjudica la acción prematura en la instrucción. Muchos de los defectos que tenemos de mayores en la lectura y escritura se los debemos al empeño porfiado y estólido de los adultos de nuestra infancia, de jugar a las carreras con nosotros. Porque éramos caballitos de carreras, y ellos eran los interesados animadores que apostaban a quién tenía el hijo más listo, y quién de los muchachos aprendía antes y sabía más. De allí salió la presión forzada de la pluma, el agarrotamiento de la mano al manejar el lápiz, el pronunciar cada una de las palabras que se van leyendo, y cuando no, ese juego gutural incesante mientras dura la lectura, cuando ésta debería hacerse silenciosa y con la menor comitiva de actos inútiles posible. De ahí, el saber cuántos son 9×6 y no recordar cuántos son 6×9 . De ahí, tener que plantear siempre los cuatro términos de una proporción aritmética sencilla. Y de ahí también, muchos olvidos que lo fueron para siempre, porque la mente se predispuso en contra, cogió fobia al problema o a toda la materia y se desaprovecharon para siempre acaso cualidades preciosas, aptitudes verdaderas, posibles aficiones y grandes probalidades de éxito.

También esto tiene su confirmación en los experimentos. Esta vez fué Gesell quien dió prueba palmaria, estudiando otros dos gemelos que llama C y T. A partir de las